

## HELDER.

La definicion que se dió de Holanda diciendo que era "una especie de transaccion entre la tierra y el mar," no se puede referir á ninguna parte de aquel país con más oportunidad que al espacio interpuesto entre Alkmaar y Helder.

Con efecto; se viaja, yendo de una á otra de estas ciudades, sobre la tierra; pero sobre una tierra tan amenazada, rota y halagada por el mar, que cuando se la mira desde el wagon se olvida poco á poco que lo trasportan á uno en un tren de ferro-carril, y se cree que está uno apoyado en la borda de un buque.

No muy lejos de Alkmaar, entre dos pueblecillos, Kamp y Petten, por la parte del mar del Norte y por largo trecho, donde se cree que estuviere antiguamente una de las fuentes del Rhin, la cadena de las Dunas se interrumpe, y la costa, agitada furiosamente por el mar, se rompe en algunos sitios á pesar de las fortísimas obras de de-

fensa que se oponen al líquido elemento, el cual continuamente socava los senos de la tierra.

Un poco más allá hay un gran *polder* inundado, á través del cual pasa el gran canal del Norte. Del lado allá, alrededor del villorrio de Zand, se extiende una gran llanura desierta, salpicada de casuchas de aldeanos con techos piramidales, que presentan desde lejos aspecto de monumentos mortuorios. Más allá de Zand, otro vastísimo *polder*, llamado Ana Paulowna en honor de la mujer de Guillermo II de Orange, gran Duquesa de Rusia, fué desecado desde 1847 á 1850. Pasado el *polder*, se ven nuevamente vastas llanuras, terrenos palúdicos hasta la extrema punta del Norte de Holanda, donde surge velada por la niebla y combatida por los vientos y las olas, la jóven y solitaria ciudad de Helder, centinela muerto de los Países-Bajos.

Helder presenta esta singularidad: cuando se está dentro de la poblacion, se busca la ciudad y no se encuentra. Y puede decirse que la constituye una sola larguísima calle, flanqueada por dos hileras de casas encarnadas, protegida por un dique gigantesco que forma como una playa artificial sobre el mar del Norte. Este dique, que es una de las más admirables obras de los tiempos modernos, se extiende á lo largo de diez kilómetros próximamente de Nieuwdiep, donde se halla la entrada del gran canal del Norte, hasta el fuer-

te del Príncipe-Heredero, que se encuentra á la extremidad opuesta de la ciudad. Esta se ha construido enteramente en masas enormes de granito de Noruega y piedra calcárea de Bélgica, y la cruz en toda su extension una calle anchísima que baja al mar con un ángulo de cuarenta grados, hasta la profundidad de sesenta metros. En varios puntos se ha reforzado la poblacion con diques menores, compuestos de vigas y largos vástagos, y sacos de tierra que avanzan en el mar hasta cerca de doscientos metros. Las más altas mareas no llegan jamás á bañar la parte superior de la cuesta, y la onda infatigable se empeña en vano en sobrepujar el vírgen baluarte que sale á su encuentro, casi más en acto de amenaza que de defensa, como reto de la paciencia humana contra el furor de los elementos naturales. El Nieuwdiep, que se abre en una de las extremidades de Helder, es un puerto artificial que protege con grandes moles y diques robustos los barcos que entran en el canal del Norte. Las compuertas de la rada, llamadas puertas de abanico, las mayores de Holanda se cierran por sí mismas por efecto de la presion de las aguas. En este puerto están anclados gran número de barcos, muchos de los cuales proceden de Inglaterra y de Suecia, y buena parte de la flota militar de Holanda, compuesta de fragatas y de pequeñas embarcaciones más limpias todavía que las más pulidas ca-

sas de Broek. Sobre la orilla izquierda del Nieuwdiep, hay un gran arsenal marítimo dirigido por un contralmirante.

A fines del siglo último nada de cuanto acaba de decirse existía. Helder no era sino un poblachon de pescadores, apenas señalado en el mapa. La apertura del gran canal del Norte y un breve paseo dado por Napoleon I en un barco de pescadores desde la isla de Texel, que se ve con toda claridad desde lo alto del dique, trasformaron el poblachon en ciudad.

Al observar el trecho de mar comprendido entre aquella isla y la orilla holandesa, Napoleon concibió la idea de hacer de Helder el *Gibraltar del Norte*, y empezó por ordenar la construccion de dos fuertes, llamado el uno entonces Lasalle, y ahora Príncipe-Heredero, y el otro Rey de Roma, que en la actualidad se denomina Almirante-Dirk. Los acontecimientos no le permitieron concluir su grandioso pensamiento; pero la obra rápidamente empezada por él, ha sido lentamente proseguida por los holandeses, hasta el punto de ser hoy Helder la primera ciudad fortificada del Estado, pudiendo contener hasta treinta mil defensores, y apta para impedir á una escuadra la entrada en el canal del Norte y en el golfo de Zuiderzee; y además de la defensa que ofrece á gran distancia de un baluarte de escollos y de bancos de arena, se halla fortificada de tal suerte, que

puede en caso extremo inundar toda la provincia que se extiende á sus espaldas.

Pero dejando su importancia estratégica, Helder es una ciudad digna de ser visitada por su carácter anfibio, que deja siempre en el ánimo la duda de si se halla sobre el continente ó sobre un grupo de escollos y de islotes, lejanos mil millas de la costa europea. En cualquiera direccion que se camine, se tropieza con el mar. La ciudad se halla atravesada y circundada por canales grandes como rios, que los habitantes pasan sobre las balsas ó armadías. Detrás del gran dique existe una gran extension de agua estancada que se alza y baja con la marea, como si comunicase con el mar por vía subterránea. Por todas partes corre agua prisionera, es cierto, en medio de dos orillas; pero alta y amenazadora como si esperase la primera ocasion de conquistar su espantosa libertad. La tierra, alrededor de la ciudad desnuda y desolada, y el cielo, casi siempre nebuloso, se ven atravesados por grandes bandadas de aves marinas. La ciudad misma, formada por una sola fila de casas, parece que tiene conciencia de su arriesgada posicion, esperando á cada momento una catástrofe. Cuando el viento silba y el mar muje, se diría que todo buen helderés no tiene otra cosa que hacer que encerrarse en casa, rezar sus oraciones, y despues permanecer con la cabeza bajo la almohada, esperando lo que Dios disponga.

La poblacion, que cuenta diez y ocho mil almas, es tan singular como la ciudad: una mezcla de comerciantes, empleados, oficiales de marina, soldados, pescadores, gentes llegadas de la India, gentes que se disponen á partir para la India, parientes de los recién llegados y de los recién partidos, que van allí para dar ó recibir el primero ó el último adiós; porque Helder es el último extremo de tierra holandesa que saluda el marinero al marchar, y el primer monton de tierra holandesa que ve á su vuelta. Pero siendo la ciudad tan larga y estrecha, se ve poquísima parte y no se siente otro ruido que la cantinela lamentosa de los marineros, que entristece el corazón como gritos de naufragos lejanos.

Aunque muy jóven, Helder es rica en grandes recuerdos históricos, al par que otras ciudades holandesas.

Ha visto atravesar á De Vitt, el primero, en un pequeño barco el estrecho de Texel, mesurando por sí mismo la profundidad de las aguas y mostrando á los pilotos y á los capitanes holandeses que no querían aventurarse en aquel paso, la posibilidad de hacer que traspasase por allí la flota mandada á combatir contra Inglaterra. En aquellas aguas los almirantes De Ruyter y Tromp hicieron frente á la armada francesa y á la inglesa reunidas. Poco lejos de allí, en el *polder* llamado El Cyp, el año 1799 el general inglés Aber-

crombie rechazaba el asalto del ejército francés y del bátavo, mandados por el general Brome. Y por último, ya que parece ley natural que cada ciudad holandesa haya visto algo extraño é increíble, Helder presenció una especie de batalla anfibia entre tierra y mar, para la cual falta un nombre en el lenguaje militar: vió en 1795 la caballería y la artillería ligera del general Pichegru atravesar al galope el golfo helado de Zuiderzee lanzándose á la armada holandesa aprisionada entre los hielos cerca de la isla de Texel, circundándola como una fortaleza, intimándola la rendicion y cogiéndola prisionera.

Esta isla de Texel que, como dije, se ve clara y distintamente desde lo alto de los diques de Helder, es la primera de una cadena de islotes que se extienden en forma de arco delante de toda la abertura de Zuiderzee hasta la provincia de Groninga, y que se cree famosa antes de la existencia del gran golfo; una costa continua, la cual servía de baluarte á los Países-Bajos; en esta isla de Texel, que no cuenta más de seis mil habitantes, dispersos en varias aldeas y en una pequeña ciudad, hay una rada en la cual echan el ancla y dan fondo navíos de guerra y grandes embarcaciones de la Compañía de las Indias; de esta rada partieron hácia fines del siglo XVI los buques de Heemskerck y de Barendz para el memorable viaje que sirvió al poeta Tollens de asunto para

su hermoso poema titulado *El invierno de los holandeses en Nueva Zembla*.

Y hé aquí en breve aquella historia dolorosa y solemne que fué narrada por Van Kampen y cantada por Tollens.

No pudiendo todavía los holandeses hácia fines del siglo XVI luchar frente á frente con españoles y portugueses para hacerse dueños del comercio de las Indias, pensaron buscar nueva vía á través de los mares árticos para llegar á los puertos del Asia oriental y de la China. Una sociedad de comerciantes holandeses confió la empresa aventurera á un experto marinero llamado Barendz, el cual partió con dos barcos de la isla de Texel el 6 de Junio de 1594 á la vuelta del polo. El barco capitaneado por él llegó hácia la punta septentrional de Nueva Zembla y volvió á Holanda. El otro tomó el camino más conocido del estrecho de Waigatz, lanzándose á través de los hielos del golfo de Kara, llegando á un mar abierto y azul, desde el cual descubrió la costa rusa que volvía hácia el Sudeste. La direccion de esta costa hizo creer que el barco había pasado el cabo Tabis, designado por Plinio, autoridad entonces incontestada, como la extremidad del Asia septentrional, y que sin embargo, se podría llegar desde allí con breve navegacion á los puertos del Este ó del Sud del continente. No se sabía que tras el golfo del Obi, el Asia se extiende to-

avía ciento veinte grados á Levante dentro del círculo polar. La noticia de este descubrimiento traída á Holanda, produjo grandísima alegría.

Seis grandes navíos fueron inmediatamente alistados y cargados de mercancías para ser vendidas en los pueblos de la India, y un pequeño buque fué destinado para acompañar la escuadra hasta que pasase el supuesto cabo Tabis, volviendo despues á traer la noticia. Y la escuadra partió. Pero esta vez el viaje no correspondió á las esperanzas. Las embarcaciones holandesas encontraron el estrecho de Waigatz lleno de hielos, y despues de haber intentado inútilmente abrirse camino, volvieron á la pátria.

Despues de este infeliz suceso, los Estados Generales, aunque prometieron un premio de veinticinco mil florines al que consiguiese llevar á cabo la empresa, rechazaron concurrir á los gastos del pensamiento; pero los ciudadanos no se descorazonaron. La regencia de Amsterdam arregló dos buques, dió sueldo á bravos marineros, solteros casi todos, á fin de que el recuerdo de las familias no debilitara sus ánimos en medio de los peligros, y confió el mando de la expedicion al valeroso capitán Heemskerck. Los dos barcos partieron el 18 de Mayo de 1596; sobre uno era maestro piloto Barendz, y del otro era patron un tal Van de Ryp. Desde el principio hubo desacuerdo sobre el rumbo que debía emprenderse; pero al cabo Ba-

rendz se dejó persuadir por Ryp y se hizo vela hácia el Norte en vez de hacerla hácia el Nordeste. Llegaron al 74° de latitud septentrional, cerca de una pequeña isla á la cual dieron el nombre de Isla de los Osos, en memoria de una lucha de varias horas que debieron sostener contra un grupo de aquellos animales. No veían más que rocas altísimas á su alrededor, que parecían cerrar el mar por todos lados. Continuaron navegando hácia el Norte. El 19 de Junio descubrieron un país que llamaron Spitsbergen, por sus rocas cortadas á pico y que creyeron era la Groenlandia. Allí vieron grandes osos blancos, ciervos, renos, especies silvestres, enormes ballenas y zorras de todos colores. Habiendo llegado entre el 76 y el 80° de latitud septentrional, se vieron precisados á volver hácia el Sud, atracando de nuevo en la Isla de los Osos. Barendz no quiso seguir más la direccion septentrional que Ryp había designado hasta entonces, y se dirigió al Sudeste, mientras que aquel hacía vela al Norte.

Divididos de esta manera, Barendz llegó el 17 de Julio cerca de Nueva Zembla, rebasó la costa septentrional de la isla y continuó navegando hácia el Sud. Entonces empezaron las adversidades. A medida que caminaban, enormes masas de hielo sobrenadando en el mar, iban espesándose y juntándose en vastísimos estratos, amontonándose en forma de rocas y montañas altísimas. De

modo que el barco se encontró en breve espacio de tiempo en medio de un verdadero continente de hielo que le ocultó el horizonte por todas partes. Viendo que era imposible tocar la costa oriental del Asia, pensaron volver atrás, pero ya era tarde; era el 25 de Agosto, época en la cual termina el estío en aquellas regiones, y no tardaron en advertir que ni aun la vuelta les era permitido; se encontraban aprisionados entre los hielos, perdidos en una soledad espantosa, envueltos en una inmensa niebla, sin saber qué hacer, sin esperanzas y amenazados de un momento á otro de quedar sepultados bajo las montañas de hielo que se agitaban ó deslizaban con tremendo estrépito alrededor de la nave. No les quedaba más que un solo camino de salvacion, ó más bien un medio de retardar la muerte: estaban cerca de la costa de Nueva Zembla y podían abandonar el barco, reduciéndose á pasar el invierno en aquella isla desierta. Era una resolucion extrema, á la desesperada, que no reclamaba ménos valor que la de permanecer á bordo. Pero al ménos llevaba consigo el movimiento, la lucha, una nueva forma de peligros en suma. Despues de dudar algun tiempo bajaron del buque y se establecieron en la isla.

La isla estaba enteramente deshabitada; ningun pueblo del Norte habia puesto en ella el pié, y consistía en inmenso desierto de hielo y nieve combatido por las ondas y por los vientos, y so-

bre la cual no arrojaba el sol, sino rara vez, un rayo fugitivo y sin calor. Sin embargo, los pobres náufragos lanzaron gritos de alegría cuando pisaron la tierra firme y se arrodillaron sobre la nieve para dar gracias á la Providencia. Debieron proveer inmediatamente á la fabricacion de una cabaña; pero en la isla no había un solo árbol. Por fortuna se encontraba allí cerca gran cantidad de maderos que el mar habia arrojado al continente. Pusieron manos á la obra, volvieron al buque, se proveyeron de clavos, vigas, pez, cajas y botes; lanzaron las vigas en el hielo, construyeron el techo; suspendieron del techo las velas, y todo lo untaron de pez. Mientras trabajaron, corrieron peligros inauditos y sufrieron tormentos extraordinarios. El frio era tal, que cuando alguno se ponía un clavo entre los lábios, inmediatamente se helaba, y para quitárselo era preciso romper las carnes, llenándose la boca de sangre. Los osos blancos, impulsados por el hambre, los asaltaban furiosamente en medio de las masas de hielo alrededor de su tienda, llegando hasta el interior del buque y obligándoles á interrumpir el trabajo para defender sus propias vidas. La tierra se habia endurecido de tal modo, que era preciso cavarla como piedra viva. Alrededor del barco se habia helado el agua hasta gran profundidad. La cerveza habia perdido completamente el sabor, y el frio crecía de día en día.

Por último, consiguieron completar su tienda de campaña dejándola habitable, y estuvieron al amparo de la nieve y del viento. Encendieron fuego, empezaron á poder dormir algunas horas, cuando no los despertaban los ahullidos de las fieras que giraban en torno del albergue. Alimentaban las luces con la grasa de los osos que mataban, y calentaban sus manos en las entrañas sangrientas de estos animales; vestíanse con las pieles de estas fieras y comían carne de zorra, arenques y galletas que les habian quedado de las provisiones del viaje.

Entretanto, el frio crecia de tal manera, que los osos no salían de sus madrigueras. Los alimentos y las bebidas se helaban aun al lado del fuego. Los pobres marineros se quemaban brazos y pies sin sentir el menor calor. Una noche que por temor al frio habian cerrado herméticamente la cabaña, estuvieron á punto de morir axfisados, viéndose precisados por no sucumbir á afrontar de nuevo aquel tremendo frio.

A todas estas calamidades, se agregó otra. El 4 de Noviembre esperaron inútilmente la aurora; el sol no apareció más; la noche polar habia comenzado. Entonces aquellos hombres de hierro sintieron que les faltaba el ánimo, y Barendz tuvo necesidad, disimulando su angustia, de desplegar toda la elocuencia que pudo hallar en su corazon, para impedir que se entregasen á

la desesperacion más desenfadada. El alimento y la leña principiaron á escasear; las ramas de abeto que encontraban en la playa, eran arrojadas á la hoguera, casi con remordimiento; la luz se alimentaba apenas lo indispensable para romper las tinieblas. Sin embargo, por la noche, cuando reposaban de los trabajos del dia, recogidos alrededor de su pequeño hogar, tenían aún algunos momentos de alegría.

El día de Reyes celebraron un pequeño banquete con vino y pastas de harina fritas en el aceite de ballena, y echaron á suerte la corona de la Nueva Zembla.

Otras veces jugaban, narraban cuentos, brindaban por la gloria de Mauricio de Orange ó hablaban de sus respectivas familias. Diariamente cantaban juntos los salmos, arrodillados en el hielo y con la cara vuelta hácia las estrellas. De vez en cuando alguna aurora boreal rompía la inmensa oscuridad en que estaban envueltos, y entonces salían de la tienda, discurrían por las orillas del mar, y celebraban con tierna gratitud aquella luz fugitiva como promesa de salvacion.

Segun el cómputo de ellos, el sol debía reaparecer el 9 de Febrero de 1597. Pero se habían engañado: la mañana del 24 de Enero, precisamente en uno de aquellos períodos de tiempo en que se hallaban más descorazonados y tristes, uno de ellos despertóse y vió una claridad extraordina-

ria; lanzó un grito, y despertando á sus compañeros, salieron todos de la tienda, viendo á Levante el cielo iluminado por una luz viva, la luna muerta, el aire puro y diáfano, y las cúspides de las rocas y de las montañas de hielo, coloreadas de rosa; ¡el alba, en fin, el sol, la vida, la bendición de Dios y la esperanza de volver á la patria después de tres meses de noche y de angustias! Por algun momento permanecieron inmóviles y silenciosos, como desconcertados por la emoción; después prorumpieron en lágrimas, se abrazaron, agitaron en alto sus birretes de piel, hicieron resonar aquellas soledades horribles con acentos de oraciones y gritos de alegría.

Pero fué un breve goce; se miraron mutuamente al rostro, y tuvieron horror y compasión los unos de los otros. ¡El frío, el insomnio, el hambre, los trabajos del ánimo, los habían consumido y trasfigurado hasta el punto de no reconocerse!

¡Y sus padecimientos todavía no habían llegado á su término!

En aquel mismo mes cayó la nieve con tanta abundancia, que la tienda quedó sepultada, debiendo entrar y salir por la abertura de la chimenea. Al disminuir el frío aparecieron los osos, y principiaron de nuevo los peligros, las noches de insomnio y los feroces combates. Su vigor se debilitaba, y á poco de excitarse el ánimo, caía en el desaliento.

Todavía, sin embargo, mantenían un hilo de esperanza.

No habían conseguido arrancar del hielo el barco, ni aun cuando lo hubiesen arrancado habrían logrado ponerlo en condiciones servibles; mas llevaron hasta la orilla una barca y una chalupa, y poco á poco, siempre defendiéndose de los osos que se lanzaban á la puerta de su cabaña, consiguieron á fuerza de constancia repararlas de la mejor manera que les fué dable. Con estas dos frágiles embarcaciones proyectaban dirigirse hacia uno de los puertos de Rusia, salvando la orilla septentrional de Nueva Zembla, costeando la Siberia y atravesando el mar Blanco; proyectaban, en suma, hacer un viaje de más de cuatrocientas millas alemanas.

Todo el mes de Marzo estuvieron en continua zozobra por las alternativas del tiempo variable, esperando ó desesperados. Más de diez veces vieron el mar limpio de hielos hasta la playa, disponiéndose á partir, y otras tantas una recrudescencia imprevista del frío, arrastró hielos sobre hielos, cerrando el horizonte por todos lados.

En Abril las heladas fueron inmensas y continuas.

En Mayo volvió el tiempo inconstante

En Junio, por último, pudieron resolverse á partir.

Después de haber redactado minuciosamente

sus aventuras, de lo cual dejaron copia en la caña, la mañana del 14 de Junio con bellísimo tiempo, y el mar abierto por todas partes, después de nueve meses de estancia en aquella funesta tierra, se hicieron á la vela en dirección al continente. Sobre dos barcas descubiertas, agotados por tantos sufrimientos, se atrevieron á desafiar los vientos furiosos, las largas lluvias, los frios mortales, los hielos volteadores de aquel mar inmenso y terrible, en el cual parecía desesperada empresa aventurarse, hasta con una fuerte escuadra. Por largo tiempo durante la travesía, tuvieron que habérselas con los ataques de los osos marinos, sufrir el hambre, alimentarse con aves muertas á pedradas y huevos encontrados en las costas desiertas, esperar y desesperarse, alegrarse ó llorar, y aun se dolieron en alguna ocasión de haber abandonado Nueva Zembla, é invocaron la tempestad y desearon la muerte. A menudo se vieron obligados á arrastrar sus barcas sobre el hielo; á amarrarse porque no se los llevase el viento; á agruparse para resistir el frío; á buscarse en la espesa niebla, llamándose continuamente los unos á los otros por sus nombres, en alta voz, para no perderse en estos desiertos inmensurables, y así á fuerza de constancia, se animaban mutuamente. No todos resistieron á tan tremendas pruebas: alguno murió. El mismo Barendz, que se embarcaba enfermo, al cabo de algunos días, comprendió

que su fin se aproximaba, y así lo comunicó á sus compañeros. Sin embargo, no cesó un solo instante de dirigir la navegación y de prestar toda especie de actividad, á fin de que aquella pobre gente abreviase tan penosísimo viaje, cuyo término estaba él persuadido de que no vería.

La vida le faltó mientras examinaba una carta geográfica. Su brazo cayó rígido en el momento de señalar la tierra lejana, y su última palabra fué un consejo animando á sus compañeros. En la bahía de San Lorenzo, encontraron, ya puede comprenderse con qué alegría, una barca rusa, que les dió víveres, vino y *cochlearia*, remedio para el escorbuto, del cual habían enfermado varios marineros que se curaron inmediatamente.

Costearon la Siberia y hallaron otras naves rusas, cada vez con mayor frecuencia, de las cuales obtuvieron viandas frescas, con lo que restauraron sus fuerzas. A la entrada del mar Blanco, densísima niebla separó las dos barcas, rebasando ambas, sin embargo, el cabo Candnoes, y favorecidos del viento, recorrieron en treinta horas un espacio de ciento veinte millas, volviendo á encontrarse con gritos de alegría y entusiasmo. Pero una alegría mayor les esperaba en Kilduin. Encontraron allí una carta de Ryp, comandante del otro barco que partió con ellos de la isla de Texel, el cual anunciaba su próxima llegada.

Después de algún tiempo, la barca y la chalupa se reunieron con el buque en Kola. Era la primera vez que los naufragos de Nueva Zembla volvían á ver la bandera de la patria después de la partida de la isla de los Osos y la saludaron con delirio. Los camaradas de Ryp y los camaradas de Barendz se precipitaron los unos en los brazos de los otros, se contaron las vicisitudes por que habían pasado, lloraron los amigos que sucumbieron, olvidaron los padecimientos sufridos, y todos juntos se hicieron á la vela en dirección á Holanda, donde llegaron sanos y salvos el 29 de Octubre de 1597, tres meses después de abandonar la cabaña de los hielos.

Así acabó la última empresa intentada por los holandeses para abrir nueva vía al comercio de las Indias, á través de los mares del polo.

Casi tres siglos más tarde, en 1870, el capitán de un barco sueco lanzado por la tempestad en la costa de Nueva Zembla, hallaba el esqueleto de un navío, una cabaña, dos grandes calderas dentro, un péndulo, un cañón de fusil, una espada, una flauta, una Biblia, algunas cajas llenas de utensilios, y restos podridos de vestidos y objetos varios. Estos objetos, reconocidos por los holandeses como pertenecientes á los marineros de Barendz y de Heemskerck, fueron llevados en triunfo á El Haya y expuestos como reliquias sacras en el Museo de Marina.

Con todas estas imágenes en la mente, por la noche, en lo más alto del dique de Helder, á la luz de la luna, que ora se escondía bruscamente tras de las nubes, ora se mostraba de repente en todo su esplendor, yo no podía saciarme de mirar la orilla arenosa de aquella isla de Texel, y aquel gran mar del Norte, que no tiene otros confines por aquel lado, que los eternos hielos del polo; el mar que los antiguos creían el fin del Universo: *illum usque tantum natura*, como dice Tácito; el mar sobre el cual aparecieron en los días de gran tempestad las formas gigantescas de las divinidades germánicas. Y recorriendo con la vista aquella llanura inmensa y siniestra, no sabía expresarme á mí mismo mi misterioso desaliento, sino exclamando de trecho en trecho:—¡Barendz, Barendz!...—y escuchar el sonido de este nombre, como si lo trajese el viento de apartadísimas regiones!...